

## Otros. POR LA CLASE TRABAJADORA Y EL SOCIALISMO.

Podemos nació fruto del proceso de movilizaciones más impresionante que ha vivido el Estado español desde las movilizaciones que hubo en los años 70 del siglo pasado, movilizaciones que pusieron punto final a la dictadura franquista. Podemos adquiere su desarrollo por el vacío político e ideológico en el movimiento obrero y la izquierda españolas, cuyos principales dirigentes, después de décadas sin plantear una alternativa clara al *Régimen del 78*, y careciendo por ello de la suficiente autoridad política y moral, fueron incapaces de emerger como una referencia en el agitado periodo de movilización del 2001-14.

En su origen, Podemos despertó una ilusión enorme. Habría que remontarse al periodo que se dio recién caída la dictadura para encontrar un fenómeno político similar de entusiasmo, ilusión, y organización masiva. En un momento dado, ante millones de personas, se abrió paso la idea de que necesitábamos tomar el poder en nuestras manos para “echarlos a todos”. La etapa de movilización dio paso a otra etapa electoral ante la posibilidad de cambiar el estado de cosas a través de las urnas. Esto fue totalmente lógico. La gente no puede estar en la calle eternamente y el periodo 2011-14 fue extraordinario en la vida política. La gente necesitaba un respiro y, ante sus ojos, se desarrolló un fenómeno político cuyo lado fuerte fue el de transmitir el mensaje de romper claramente con el régimen existente.

Esta vía, a los ojos de la mayoría, se vio fortalecida con la resonante victoria de las candidaturas de izquierda en las elecciones municipales de mayo de 2015 en destacadas ciudades del estado español, empezando por 3 de las 4 más pobladas. Jamás en la historia española candidaturas situadas a la izquierda de la socialdemocracia tradicional lograron tal gesta.

Dicho todo esto, haber conseguido un apoyo sólido que se acerca al 25% del electorado es un gran logro y una base sustancial para seguir avanzando. Pretender incrementar súbitamente esa franja por la mera moderación política es un grave error. No se puede acelerar artificialmente la experiencia política de las capas más vacilantes que necesitan de más tiempo y acontecimientos para sacar la conclusión de la inutilidad de los partidos del régimen para solucionar los problemas sociales. En los próximos años, el inestable pacto de gobierno PP-PSOE-CIUDADANOS será una fuente de insatisfacción popular. Será entonces cuando, tras pasar por esa experiencia, unas inevitables elecciones anticipadas arrojen una mayoría sustancial para un gobierno de “unidad popular”, nucleado en torno a PODEMOS.

La base social de PODEMOS está en la clase trabajadora y en una capa amplia de las clases medias empobrecidas por la crisis capitalista. Esta base tiene la fuerza y el peso numérico suficiente para, en base a un trabajo paciente, generar una mayoría absoluta de apoyo en la sociedad, trabajando codo a codo con los sindicatos de clase y movimientos sociales.

En un contexto de crisis aguda del capitalismo las políticas socialdemócratas no sirven. Vivimos una época de clara polarización social, a la izquierda y a la derecha. Fue sobre esa base que, por primera vez en décadas, el gobierno Syriza, un gobierno a la izquierda de la socialdemocracia clásica, llegó al poder en Grecia. Fue sobre esa base que la idea del “socialismo” se abrió paso ante millones de personas en los propios EEUU, en la campaña liderada por Bernie Sanders, quien se definía “socialista” y proponía “una revolución política contra la clase multimillonaria”, revelando la profundidad del cuestionamiento social del orden existente. Fue sobre esa base, igualmente, que sobre la terna de seis candidatos a la dirección del Partido Laborista, las bases eligieron al candidato más a la izquierda, el “socialista radical” Corbyn.

Hoy 13 millones de españoles están en riesgo de pobreza, un tercio de los asalariados apenas cobra 645 euros al mes, en torno a la mitad de los parados no recibe ninguna prestación. La mayoría de la población no aspira a una segunda vivienda o a tener tres coches en el garaje, aspira a disfrutar de escuelas y hospitales públicos, aspira a una vivienda digna, a no hipotecarse de por vida y a un salario decente. En España no hay una mayoría social moderada, hay un pueblo al que se ha querido humillar y que tiene muy claro quiénes son sus enemigos: las élites políticas y económicas que les han robado y se han enriquecido a su costa. No solucionaremos sus problemas pareciéndonos al adversario, sino siendo nosotros mismos. Es decir, defendiendo un programa y estrategia que satisfagan las aspiraciones de la mayoría de la población de este país, que hoy se ve perjudicada por el cada vez más desigual reparto de la riqueza.

La causa de que una minoría de poderosos imponga su voluntad a la mayoría de la población no es exactamente la falta de democracia o tener malas leyes –lo que también se da– sino la dependencia que sufre la mayoría de la sociedad del control que ejerce sobre la economía ese puñado de grandes empresarios y monopolios que dominan la industria, la agricultura, el comercio, los bancos y, al final, los diferentes gobiernos de los diferentes partidos que aceptan este estado de cosas. Su poder sobre el resto de la sociedad reside en su propiedad de los grandes medios de producción, y también en su control –menos aparente– del aparato del Estado.

Consideramos absolutamente necesarias las reformas que defendemos desde Podemos: dación en pago para las hipotecas impagadas, la Renta Básica Universal, topes salariales para los altos funcionarios, más impuestos a los ricos, bajadas del IVA en productos básicos, equiparación salarial de hombres y mujeres, medidas contra la concentración monopólica de los medios de comunicación, cierre progresivo de las centrales nucleares, etc.

Igualmente, debemos defender todos los avances logrados por la pasada generación. Pero la experiencia nos muestra cómo gran parte de dichos avances hoy nos los están quitando. Y este fenómeno no es exclusivo de nuestro país, sino que sucede a nivel

internacional. Por tanto, toda conquista social es temporal y cambia cuando eventualmente cambia la correlación de fuerzas entre las clases. La única manera de disfrutar permanentemente de nuestros avances sociales y de mejorarlos indefinidamente es transformando radicalmente la sociedad capitalista.

Los tradicionales Partido Comunistas y Socialistas europeos practicaron políticas socialdemócratas desde hace décadas, políticas que no cuestionaban los límites de la dominación de los grandes empresarios y banqueros. Pero si en el pasado, las políticas socialdemócratas parecieron funcionar temporalmente –desde fines de los años 40 hasta comienzos de los 70– fue porque coincidieron con el mayor auge económico habido en la historia del capitalismo. En el Estado español fue la lucha revolucionaria contra la dictadura franquista y sus sucesores, y el enorme entusiasmo popular tras la victoria del PSOE en 1982, las que permitieron fundar nuestro limitado “Estado del Bienestar”. Las inversiones europeas tras la entrada en la UE apuntalaron un fugaz crecimiento económico. Sin embargo, ya desde mediados de los años 80 y sobre todo en los últimos 20 años, estas políticas socialdemócratas ya no han tenido cabida. Ha habido un desmantelamiento paulatino de dicho “bienestar” y un desguace del sector público, tanto por parte de gobiernos de derechas como “socialdemócratas”. Y esto, no por razones ideológicas o políticas, sino por la profunda crisis capitalista que no deja espacio a esas políticas.

Lo sustancial a “la economía de mercado” es asegurar la propiedad privada de la minoría de privilegiados que posee la mayor parte de la economía de cada país, y no el bienestar general. En el caso español, esta minoría la representan las 100 mayores empresas que controlan el 80,5% de la riqueza nacional, en manos de 1.085 individuos, según el profesor Santos Castroviejo.

En la época actual, sólo podemos tener “reformismo con contrarreformas”, que es lo que explica la crisis histórica de la socialdemocracia europea. El Pasok primero y Syriza después, en Grecia, nos proporcionan los ejemplos más trágicos de los años recientes de este camino equivocado.

Cualquier gobierno verdaderamente progresista que trate de aplicar su política aceptando la existencia de la gran propiedad capitalista, necesariamente tendrá que enfrentarse al chantaje y al boicot de la oligarquía económica. La historia está llena de ejemplos de este tipo: Allende en Chile, Chávez en Venezuela... Se puede echar a los actuales gobernantes y elegir a otros, se puede reformar la Constitución e instaurar el sistema de elecciones primarias abiertas para elegir a los candidatos de los partidos, podemos elegir incluso un gobierno formado por las personas más honestas y democráticas imaginables, y hasta proclamar la República; pero nada sustancial cambiará mientras las palancas fundamentales de la economía permanezcan en manos de unos pocos y no estén en manos del conjunto de la población para que las administre de manera democrática para la satisfacción de las necesidades sociales, y no para enriquecer “a los de arriba”; es decir, a los banqueros y grandes empresarios.

Por tanto, la lucha por las reformas dentro del sistema capitalista tiene límites, establecidos por los intereses de los grandes empresarios, banqueros y multinacionales. Por supuesto, estos límites no son fijos ni inalterables, dependen de la correlación de fuerzas en cada caso, del ciclo económico más o menos favorable para arrancar conquistas a los empresarios y al gobierno; y, sobre todo, de la calidad política y moral de los dirigentes obreros y populares que están al frente de nuestras organizaciones y que tienen una responsabilidad principal en organizar la lucha y la movilización social.

Para que un gobierno que se debe al mandato popular tenga capacidad para cambiar esta situación es suficiente con nacionalizar las grandes empresas mencionadas, que suponen el 70% de la economía, más que de sobra para poner en marcha un plan de producción racional y democrático que ponga las bases para solucionar los principales problemas que enfrentamos: el paro, la falta de vivienda, los bajos salarios, la crisis medioambiental, y terminar con el despilfarro y la corrupción de los grandes empresarios y su corte de políticos a sueldo. Con la defensa firme de esta política, como muchos entendieron en los inicios de Podemos, no sólo apuntalaríamos nuestra mayoría entre la clase trabajadora, sino en un sector cada vez más creciente de autónomos y pequeños propietarios.

Estos saldrían tan beneficiados como los trabajadores de una economía nacionalizada a gran escala, ya que tendrían acceso a créditos a muy bajo interés a través de una banca nacionalizada. Al mismo tiempo, se les proporcionaría redes de comercialización más justas para hacer frente a sus necesidades. Y serían libres de incorporarse voluntaria y gradualmente al resto de la economía nacionalizada.

Los problemas fundamentales de la inmensa mayoría de la sociedad son imposibles de solucionar nacionalmente, ni en el marco del capitalismo ¿Por qué? Porque todos esos problemas son parte y condición existencial del mismo capitalismo. No puedes tener capitalismo sin los desastres medioambientales provocados por la explotación rapaz de los recursos naturales por las grandes empresas. No puedes tener capitalismo sin la opresión de la mujer y la esclavitud doméstica, sin la doble escala salarial para mujeres y hombres, y sin el actual modo obsoleto de vida familiar. No puedes tener capitalismo sin guerras por el control de las materias primas y por razones de hegemonía mundial. Y no puedes tener capitalismo sin la opresión de pueblos y naciones por las potencias imperialistas. No puedes resolver ni uno solo de estos problemas sin la lucha unida de la clase trabajadora en cada país y a escala internacional contra el capitalismo y el imperialismo. Lo que necesitamos por tanto es la defensa valiente de un verdadero programa socialista que entusiasme a nuestras bases y a capas más amplias de la clase trabajadora y de la juventud que no nos votaron en el pasado.